

79.

LA CUESTIÓN DE GUERRITA

Divisa de este torero:
dinero y siempre dinero.



La caridad del *Guerrita*,
ó el amor propio y la *guita*.

PCR

EL TIO VERDADES

+

LA CUBA

GUERRITA



LA CUBA

LA CUESTIÓN DEL GUERRITA

Lo ha dicho la prensa, y apenas me atrevo á creerlo; hasta tal punto es inconcebible que un torero se niegue á prestar su concurso á una fiesta benéfica.

Pero hagamos historia.

Acordado el dar una corrida en la plaza de Madrid á beneficio de las familias de las víctimas del naufragio del crucero *Reina Regente*, víctimas tan lloradas por toda España, el alcalde de esta villa y corte, señor conde de Peñalver, dirigió al *Guerrita* una carta á Córdoba, donde se hallaba, manifestándole con las frases más expresivas, y rindiendo tributo á la verdad, «que era el primero y más legítimo heredero de las glorias de *Lagartijo* y *Frasuelo*; que estaba en el disfrute de todas sus poderosas facultades, y que, no se comprendía sin él la organización de la gran corrida que se proyectaba con tan patriótico y humanitario objeto.»

Y para darle una prueba de lo convencido que el alcalde estaba de esto que decía, y no perjudicar al celebre diestro en lo más mínimo, dejaba á su elección las condiciones en que había de torear, las del ganado que hubiera de lidiarse, y hasta la designación del día de la corrida, aunque éste fuera de trabajo, por calcular que tendría comprometidos los festivos en otras plazas.

¿Cómo ha correspondido el diestro á las atenciones del conde de Peñalver? ¿Qué respuesta ha merecido una proposición encaminada á proporcionarle la honra de hacer algo por las familias de nuestros desdichados compatriotas? A tanta cortesía y á tanto halago ¿de qué

manera ha respondido *Guerrita*? Enviando al alcalde esta lacónica respuesta telegráfica:

«CÓRDOBA. 2 (5, 30 tarde.)—Imposible complacerle. No puedo torear este año en Madrid.—*Guerrita.*»

Juntos y de acuerdo todos los enemigos que pueda tener el diestro cordobés para inventar algo que pudiera matarle para siempre en la opinión, no habrían llegado á inventar nada que igualase á ese laconismo.

¡Cómo! Le invita en frases corteses y laudatorias nada menos que el alcalde de Madrid á asociar su nombre, y en primer término, á un acto tan grande por su objeto, y *Guerrita*, indiferente ante la catástrofe terrible, sordo ante el llanto de las familias de los náufragos, se niega á contribuir á que se les facilite un pedazo de pan, y no sólo se niega, sino que en su soberbia se cree hasta dispensado de disculparse, de buscar un pretexto, aunque fuera falso, para cohonestar su inconcebible negativa? Esto es olvidarse de todo, hasta de sí mismo, y dar á la opinión una bofetada que no olvidará en mucho tiempo, si es que llega á olvidarse alguna vez, que lo dudo mucho.

No, no hará que la opinión olvide esa bofetada, aun cuando arrepentido ó bien aconsejado trabaje en otra plaza á beneficio de las familias de los náufragos, que no es lo mismo lidiar en otra que en la de Madrid para el resultado que se persigue. Aparte de que su intención primera está bien patente: no hacer nada en beneficio de las desventuradas familias de los náufragos. En asuntos de esta índole, lo que más se aprecia es el arranque noble, la generosidad que no calcula, y nada de esto se ha visto en *Guerrita*. Si mañana toreade en otra plaza, sería porque habría pesado los perjuicios que esta negativa puede proporcionarle, no porque la voz de la caridad llamando á su corazón, le obligara á responder.

¿Hubieran hecho esto *Lagartijo* ni *Frasuelo*, ni ninguno de sus antecesores en el arte del toreo? Seguramente que no. Siempre estuvieron dispuestos á exponer su vida por aliviar una desgracia personal ó remediar una catástrofe nacional: nunca se apeló en vano á sus sentimientos caritativos.

Concretándonos á los dos citados, podía haberse anunciado que trabajaban en una corrida dada con un fin benéfico, sin consultarlos de antemano, en la seguridad de que no hubieran negado su concurso. Si se les hubiera dicho á cualquiera de los dos: «Venid, porque se ha dispuesto tal corrida benéfica ó patriótica para tal día

con vosotros,» lo habrían dejado todo, hasta los compromisos que les valieran dinero, para presentarse el día marcado, dando las gracias encima á los que le hubiesen proporcionado la gloria de jugarse la vida *gratis* por una obra de esa índole.

No, no hubieran aguardado ellos siquiera á que los invitasen; se habrían ofrecido espontáneamente en cuanto hubieran entendido que se proyectaba una corrida para los náufragos. Por estos rasgos, más aún que por su arrojo y habilidad en el arte, fueron durante muchos años, y lo son todavía, el ídolo del público, que cada vez los echa más de menos, y que en estos últimos días ha pronunciado millones de veces sus nombres con cariño y con respeto.

¡Ah! ¡Cuánta razón tiene el notable literato y entendido revistero D. Pascual Millán en su bien pensado y sentido folleto, *Tiempos que fueron*, al decir, refiriéndose á *Pepe Hillo* y lamentándose de que el tipo del torero haya perdido sus rasgos salientes, su carácter tradicional!

«En cuanto á desinterés, no se conoció más grande.

A su lado no había pobres; gastaba cuanto tenía; era rumboso hasta la exageración, y si al cobrar una corrida se llegaba á él un verdadero menestero, dábale lo cobrado y vivía del crédito hasta la corrida siguiente.»

Y más adelante, después de afirmar que *Lagartijo* y *Frascuelo* son los dos últimos representantes del toreo tal cual siempre fué y tal cual el público quiere que sea, ¡con qué acento de verdad escribe el Sr. Millán estos elocuentes párrafos!

Habla de Lagartijo:

«¡El dinero! No pensaba en él: lo derrochaba á manos llenas; nunca supo negárselo á nadie; no tenía nada suyo.

Llevaba ya muchos años de matador, era el niño mimado del público, ganaba lo que quería y no guardaba una peseta.

Un día sabe que otro torero—retirado de la lidia por un accidente sufrido en ella—se halla en gravísimo apuro, que van á embargarle cuanto tiene, y sale precipitadamente, dejándolo todo, para la ciudad donde reside su compañero; paga la deuda, que no era floja, y riñe luego con él por no haberle participado su situación porque, conociéndole, no le avisó; porque, ó sabiendo que *Lagartijo* vivía, le hizo el desaire de olvidarlo, entregándose, de hoz y de coz, en poder de la curia.»

En otra página dice el Sr. Millán:

«Pensar en el acrecentamiento de la renta; hablar de *ubas*, de *cuatros*, de *cédulas*, de préstamos, de colocación segura del capital, y tener que jugarse la vida á cada momento, es absurdo.

Tratar de *hacer* el mayor número posible de corridas, sin más fin que el

de aumentar la fortuna, no es de torero. Podrá éste, cuando la fiesta principia, acordarse solamente de que está ante un público que paga y al que es preciso contentar; podrá el amor propio influir en el diestro con más fuerza que otras consideraciones; pero hay derecho á suponer que cuando tanto se piensa en el mañana, ha de olvidarse el hoy y se ha de hacer menos de lo que razonablemente debiera exigirse.»

Y dice al terminar el Sr. Millán su interesante folleto hablando del decaimiento de la afición á las corridas:

«¿A qué obedece esta relativa indiferencia del público? A que los actuales lidiadores no representan el tipo tradicional de nuestros toreros; á que sabe que éste pugna por completar los miles de duros que le faltan para reunir cierta renta, y sólo trabajará el tiempo necesario á conseguirla, cifrando en esto, y sólo en esto, todos sus afanes; que aquél se mete á empresario, contrata espectáculos por su cuenta y no omite medio, honrado siempre, eso sí, de acrecentar su fortuna, para retirarse del toreo; y que todos, más ó menos, tienen el ahorro por base y la riqueza por único incentivo.»

Verdades inconcusas que nadie se atreverá á rebatir.

Los que dicen que *Guerrita* se ha equivocado, esos sí que se equivocan. Lo que ha hecho, lo ha hecho á conciencia, obedeciendo á su condición, refractaria á todo aquello que no redunde pronta y directamente en su provecho. A no ser así, hubiera podido quedar regularmente sin venir á torear, enviando con la negativa el importe de lo que le hubiera correspondido en el caso de haber tomado parte en la función por dinero. El desaire al pueblo de Madrid hubiera quedado siempre en pie, pero no habría dado lugar á que se sospechara que la cuestión de ochavos ha podido influir en su determinación para nada; y que no ha venido, no por cuestión de amor propio, si no porque, tratándose de una corrida para la familia de los naufragos, no podía poner precio á su faena sin concitar contra sí la indignación pública.

Pero hay más todavía.

Suponiendo que sus resentimientos con el pueblo madrileño fuesen justos (que no lo son), precisamente por esto ha debido apresurarse á venir para esa corrida. Poner el amor propio sobre toda clase de consideraciones, el patriotismo y la caridad inclusive, habría sido siempre digno de censura.

Pero ¿á qué hablar de esto? El amor propio no ha entrado para nada en su resolución. El amor propio hubiera tenido justo empleo habiendo venido á torear, y excediéndose á sí mismo en la corrida; realizando todo lo que sabe y puede con más fe y entusiasmo que nunca; y cuando el público, frenético y delirante, lo hubiera aclamado.

mado, haberle dicho: «Este á quien consideráis el primero y el mejor, no volverá á torear en Madrid, para que vea el público lo que pierde por no hacerle justicia.»

Esto hubiera sido lo digno.

Pero negarse en absoluto, no hacer nada por los desgraciados, y dar á entender que todo obedece á una cuestión de amor propio, esto es sencillamente escupirse de la suerte.

Se equivoca grandemente *Guerrita* si cree que sus escepcionales condiciones como torero han de ser bastantes á que se le perdone lo que ha hecho: se ha puesto en frente del sentimiento publico, y esto nadie puede hacerlo impunemente en España.

Si al presentarse en adelante en una plaza, se le exige todo lo que tiene el deber de dar por el alto precio en que se tasa; si ve tibieza en el aplauso y exageración en la censura, que á nadie culpe si no á él mismo.

El torero que el público sueña, el que busca, el que quiere encontrar, es el que no pone á réditos su valor ni suerte; le paga espléndidamente, pero le disgusta que calcule; quiere que el dinero que le da lo acepte como premio, no como salario.

Bien mirado, y ahora que hablamos de cálculo, *Guerrita* no ha sabido calcular. Nada hay que produzca en España tanto dinero como una acción generosa.

Lo ha entendido de otro modo, y milagro será que pueda volver á pisar la plaza de Madrid, sin exponerse á una decepción terrible.

El público español perdona y olvida los actos menos disculpables si entiende que los ha inspirado la pasión.

Para lo que no tuvo nunca indulgencia fué, para la dureza de corazón, el cálculo egoista, la frialdad ante las explosiones del sentimiento.

Y *Guerrita* al negarse al venir á Madrid á torear en favor de las familias de las víctimas del *Reina Regente*, ha dado muestras de poseer todo eso en un grado que nunca hubieran sospechado ni los mismos que le atribuían desde hace tiempo esas antipáticas cualidades.

En *Guerrita*, el hombre mata al torero.

Cada día realiza algún acto para que se acentue esta opinión, que ha de obligarle en término breve á retirarse á su casa.

Y si no, al tiempo.

EL TÍO VERDADES.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.

